

La Querelle Des Anciens Et Des Modernes En El Río De La Plata (The Querelle des Anciens et des Modernes in La Plata River)

Luis Marcelo Martino
Universidad Nacional de Tucumán
CONICET
marcelo_martino@yahoo.com.ar

Recibido: 31/07
Arbitrado: 02/08
Aceptado: 03/08

Resumen

La Moda. Gacetín semanal de Música, de Poesía, de Literatura, de Costumbres, publicada entre noviembre de 1837 y abril de 1838, constituye una de las primeras manifestaciones públicas de la llamada “generación del 37”. En sus páginas conviven textos programáticos sobre literatura y arte con partituras de minúes y valsas, artículos costumbristas y reseñas de espectáculos teatrales.

El presente trabajo se propone identificar las representaciones de la retórica clásica presentes en el semanario y articularlas en el debate intelectual conocido como la *Querelle des Anciens et des Modernes*, que pone en el tapete la validez de la imitación de modelos y autores clásicos. Nuestra propuesta arranca del análisis del artículo “Instituciones oratorias dirigidas a la juventud” (*La Moda* N° 19, 24/03/1838), en el que Juan Bautista Alberdi –enmascarado tras el pseudónimo de *Figarillo*– dirige su ataque a las costumbres oratorias de los antiguos, oponiéndolas a aquellas de los modernos.

Palabras Clave: Oratoria – Parodia – *Querelle des Anciens et des Modernes* – Romanticismo – Clasicismo

Abstract

La Moda. Gacetín semanal de Música, de Poesía, de Literatura, de Costumbres, published from November 1837 to April 1838 in Buenos Aires, establishes one of the first public manifestations of the so called “generation of '37”. Programmatic texts about literature and art coexist within its pages, with scores of minuets and waltzes, articles on local traditions and reviews on theater shows.

The current work is intended to identify the representations of the classic rhetoric present in the weekly magazine and to articulate them in the intellectual debate known as the *Querelle des Anciens et des Modernes*, which brings up the validity of the imitation of peers and classic authors. Our proposal originates from the analysis of the article “Instituciones oratorias dirigidas a la juventud” (*La Moda* number 19, March 24, 1838), in which Alberdi –masqueraded under the pseudonym *Figarillo*- directs his attack to the oratory traditions of the old, opposing them to those of the modern ones.

Key words: Oratory – Parody – *Querelle des Anciens et des Modernes* – Romanticism – Clasicism

Las Costumbres Oratorias de Nuestros Mayores

A través de una serie de textos publicados primero en *La Moda* de Buenos Aires y posteriormente en *El Iniciador* de Montevideo,¹ Juan Bautista Alberdi emprende con entusiasmo la tarea de atacar las costumbres que perduran del pasado colonial hispánico y que son –a su juicio y el de otros intelectuales de su generación– las responsables de que la nación no haya logrado todavía su independencia cultural. Este joven estudiante de abogacía –que en el futuro escribirá una obra² que será la piedra basal de la Constitución Nacional de la República Argentina– se enmascara tras un pseudónimo estratégicamente elegido, *Figarillo*, construido con el diminutivo del nombre adoptado por el español Mariano José de Larra: *Fígaro*.³ Como declarado seguidor de este modelo e inserto en una rica tradición, produce una serie de artículos costumbristas de marcado tono satírico.

A esta categoría pertenece “Instituciones oratorias dirigidas a la juventud”, incluido en la sección “Boletín cómico” del semanario.⁴ Este dato ya preanuncia el tono del texto y predispone al lector a no tomar en serio todas sus afirmaciones o, al menos, a no interpretar sus palabras en un sentido directo o literal.

1 *El Iniciador. Periódico de todo y para todos* (Montevideo, 1838-1839) surge cuando *La Moda* ya ha desaparecido. Acoge entre sus colaboradores a aquellos jóvenes exiliados y reproduce en sus páginas muchos artículos ya aparecidos en aquel semanario. Su programa, por otra parte, también manifiesta continuidad con los postulados estéticos de la “generación del 37”: necesidad y urgencia de la independencia cultural como complemento de la independencia política; vocación de instruir y concientizar al pueblo; pretensión de utilidad y amenidad en el estilo y contenido de los artículos. Debemos aclarar que se conoce como “generación del 37” a aquella conformada por los intelectuales nacidos alrededor de 1810, cuyas primeras instancias de organización y agrupación cultural se registran en aquel año.

2 *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, derivadas de la ley que preside el desarrollo de la civilización en América del Sur* (1852).

3 En su artículo “Mi nombre y mi plan” (*La Moda* N° 5, 16 de diciembre de 1837, pp. 1-3), *Figarillo* declara la razón de su nombre, su filiación literaria y sus propósitos.

4 Este artículo volvió a publicarse con posterioridad al cierre de *La Moda* en el diario uruguayo *El Nacional. Diario político, literario y comercial*, en su edición del día 16 de abril de 1839, pp. 2-3.

Desde su mismo título, el artículo remite al ámbito de la retórica,⁵ y particularmente a *Institutio oratoria*⁶ (*La formación oratoria*),⁷ que el abogado y maestro de retórica Quintiliano publica en el año 93 d.C. Esta obra constituye un sistemático compendio de los conocimientos de retórica que se presenta como un programa moral de formación retórica y literaria con miras a la educación de una ciudadanía culta, ya que Quintiliano concibe a la formación del orador como la meta de una educación integral orientada por los ideales del bien y la honestidad.⁸

Con el pretexto –claramente irónico– de preservar las tradiciones de las generaciones pasadas antes de que éstas desaparezcan, *Figarillo* anuncia que con sus “Instituciones oratorias...” se propone realizar un inventario de las costumbres oratorias de aquellas generaciones. Aclara que dichas costumbres constituyen una herencia de España (“Nosotros las tenemos de la Península”, p. 2), que se conserva aún a contracorriente del movimiento intelectual del resto de Europa, y que tienen su origen en Aristóteles (p. 2) y son un reflejo de las cultivadas en la Antigüedad clásica:

Cuando (...) nuestros antecesores disputan,
contienen, ó riñen, son enteros á los Griegos
y á los Romanos (...). Los modernos quieren
decir que esto es afectacion, que es
pantomima, mímica pura, ridiculez. (...)
Nuestros antiguos lo saben bien (...)

5Con el abordaje de este texto, pretendemos contribuir al estudio de la influencia de los modelos clásicos de la retórica en la cultura latinoamericana, línea cuya relevancia destaca Paglialunga (E. Paglialunga, “Retórica, religión y colonización”, *Praesentia* 11 (2010), disponible en <http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/praesentia/article/view/1090/1050>).

6En el siglo XVI encontramos un tratado con un título semejante, *Institutiones oratoriae*, escrito por F. Furió Ceriol en España (1554) (D. Pujante, *Manual de retórica*, Madrid, Castalia Universidad, 2003, p. 64).

7Es necesario tener en cuenta que *institutio* remite en este contexto al sentido de “formación, instrucción”.

8E. Paglialunga, *Manual de Teoría Literaria Clásica*, Mérida, Universidad de los Andes, 2001, pp. 179, 181; D. Pujante, *Op. cit.*, pp. 55-56.

(“Instituciones oratorias dirigidas a la juventud”, p. 3)⁹

Desde el principio, entonces, se presenta una oposición entre dos grupos: los antiguos, por una parte, es decir, los preservadores y continuadores de la tradición retórica clásica griega y romana; y, por la otra, los modernos, representantes de un pensamiento progresista, que cuestionan las normas y prácticas de los antiguos. Esta crítica es explícitamente desautorizada por *Figarillo*, dato que podría hacer suponer al lector su enrolamiento en el bando de los antiguos. No obstante, debemos tener en cuenta que la estrategia de base de este texto –y de la mayoría de los artículos costumbristas de Alberdi– es la ironía. Por lo tanto, para decodificar las verdaderas intenciones y los presupuestos estéticos y políticos del escritor habrá que interpretar en sentido contrario los juicios de valor plasmados en el texto.

Según puede deducirse del artículo, la crítica de estos modernos se centra en la *actio* o *pronuntiatio*,¹⁰ es decir, en el aspecto relativo a la actuación del discurso previamente elaborado y compuesto, a la instancia decisiva de la performance del mismo. Recordemos que tanto Aristóteles¹¹ como Cicerón y Quintiliano le conceden gran importancia a esta dimensión, ya que de ella depende el efecto de un discurso (*Ret.*, III 1, 1403; *De Or.*, III 53, 205; *Or.*, XVII 54; *Inst.* XI 3, 2). Sus partes o elementos constitutivos son dos: la voz y el ademán o movimiento (*De Or.*, III 59, 222; *Inst.*, XI 3, 1).

9 En todas las citas del presente trabajo se respetó la grafía y puntuación originales.

10 Quintiliano sostiene que pueden emplearse indistintamente ambos términos (*Inst.*, XI 3, 2).

11 En su *Retórica*, no obstante, Aristóteles le dedica poca atención a la acción, y reconoce que no pertenece a la esencia del arte de la retórica (III 1, 1403).

Precisamente sobre el empleo de ambos recursos versa la exposición de *Figarillo* y la crítica de los modernos hacia “nuestros antiguos”:

Cuando (...) nuestros antecesores disputan, contienden, ó riñen, son enteros á los Griegos y á los Romanos: la misma *movilidad de accion*, la misma *gesticulacion centelleante*, la misma melodía de prosodia. Los modernos quieren decir que esto es afectacion, que es pantomima, mímica pura,

ridiculez. Es porque no conocen lo pasado: es por envidia tambien, y esto es lo mas cierto. Nuestros antiguos lo saben bien, y por eso no hacen caso, y siguen tronando y manoteando, y muleteando á la griega (“Instituciones oratorias dirigidas a la juventud”, p. 3).¹²

Pero no hay mentira que no forje la envidia moderna. Para degradar el talento que no posee, cuenta que *estas modulaciones de tono extremadas, esta gesticulación enérgica y fecunda*, forman uno de los caracteres del language en su infancia; (...) y que es de todos los salvajes y pueblos atrasados del mundo, el servirse de *entonaciones y gesticulaciones extremadas* en ayuda de un language indigente (“Instituciones...”, p. 3).

De estas primeras afirmaciones se infiere el carácter hiperbólico de las prácticas oratorias de los antiguos: su gesticulación es “centelleante”, “extremada”, “enérgica y fecunda”, al igual que sus modulaciones de

12 Las cursivas de esta cita y la siguiente nos pertenecen.

tono y entonaciones. Estos rasgos son los que critican lo modernos. Hay que tener en cuenta que, si bien *Figarillo* –como ya dijimos *supra*– cuestiona a su vez estos cuestionamientos modernos en un (presunto) posicionamiento a favor de los antiguos, el carácter exagerado y extremo de estas costumbres nunca es puesto en duda. *Figarillo* lo toma como un dato objetivo. Es en la valoración de ese dato donde su postura difiere de la de los modernos, según los cuales los “antiguos” incurren en “afectación”, “mímica”, “pantomima”, “ridiculez”.

Resulta sorprendente constatar que las prácticas de los antiguos caracterizadas en el artículo se desvían considerablemente de las recomendaciones al respecto de Quintiliano, su referente ineludible. En efecto, éste aconseja sobre todo la moderación (*modus*) correspondiente a la autoridad de hombres de bien y de gravedad (*virī boni et gravis auctoritas*) para evitar el riesgo de asemejarse a un comediante; un discurso oratorio no requiere de ademanes demasiado expresivos, a la manera de los parlamentos de los cómicos, ya que consta de acción (*actio*) y no de (*imitatio*). Por eso mismo, censura la pronunciación muy afectada y exagerada (*vultuosa*) y molesta por las continuas gesticulaciones y mudanzas de la voz (*Inst.*, XI 3, 181-184).

Más sorprendente resulta aún comprobar las extraordinarias coincidencias entre la reprobación de Quintiliano y la de los modernos. Uno y otros consideran como inapropiadas para un orador aquella *pronuntiatio* que se aproxima a la imitación o mimesis, a la afectación y exageración y a la performance de un cómico (a una pantomima).

En una suerte de inversión, los modernos predicán a la manera de los antiguos (más precisamente: de los modelos de los antiguos), mientras que éstos no respetan (o no los interpretan adecuadamente) aquellos preceptos que deberían servirles de guía. *Figarillo*, cronista de esta disputa, toma partido (o finge hacerlo) por los antiguos y se consagra a

enumerar y caracterizar con detalle, a “inventariar”, como había prometido al principio, sus prácticas oratorias.

Pero en su inventario no se conforma con el registro desnudo de las costumbres de los antecesores, sino que –en su afán de didactismo– añade numerosas analogías, sumamente ilustrativas, que amenizan la crónica y la pueblan de una fauna bulliciosa y pintoresca:

Para decir una verdad grave y nueva, el orador debe de ponerse casi en cuclillas, *como gato que va á saltar encima de un horno (...)*; debe abrir cada ojo como un peso fuerte,¹³ arquear las cejas, plegar la frente, estirar el hocico como para sorber un huevo caliente (...) (“Instituciones oratorias...”, p. 3).¹⁴

Uno de los medios de sorprender la razón del adversario, (porque no se trata de otra cosa) es de irle hablando despacito, y repentinamente, *como perro cazador*, taparle de un grito disforme dando una patada recia en el suelo (p. 4).

Para ponderar la pequeñez de los argumentos del replicante, se debe enflaquecer la voz hasta el falsete más agudo, imitando en lo posible *los maullidos de los gatos recién nacidos* (p. 4).

Se ha dicho que el orador debe de ser un torrente: esto es poco; debe de ser además un

13 El peso fuerte era una moneda argentina que tuvo vigencia entre 1826 y 1881 (http://www.billetesargentinos.com.ar/billetes/peso_fuerte.htm).

14 Las cursivas de esta cita y las siguientes nos pertenecen.

huracan, un terremoto, un torbellino, un infierno; debe de ser un diluvio, un juicio final; sus brazos, su cabeza, piernas, espaldas, vestidos, todo debe de sacudirse y revolverse en todo sentido con tal celeridad, que parezca que al orador se le arde la camisa, ó como el disparar furioso de una carretilla sin ginete, ó *como el corcovear de una mula que ha echado la cincha a la verija* (pp. 4-5).

Cuando el orador ha tenido la fortuna de concebir una de esas objeciones de 36 libras de calibre (...) antes de ponerla, se ha de aproximar suavemente de costado al replicante, bien así *como gallo que va á persuadir á la gallina*; y despues de puesta, ha de quedar por un largo rato presentando una oreja *como loro que presta atencion* (p. 5).

La animalización¹⁵ por parte de *Figarillo* de aquellos a los que (presuntamente) se propone defender constituye un guiño que revela las verdaderas intenciones del artículo. El efecto de degradación y ridiculización resultante de estas analogías es evidente. Los antiguos – ¿hace falta decirlo?– no salen muy bien parados en este discurso pronunciado a su favor.

15 También encontramos muestras de este recurso en Quintiliano, cuando aconseja no esforzar la voz para que ésta no salga semejante al canto de los pollitos (*Inst.*, XI 3, 51) y cuando caracteriza a aquellos oradores que, por el ruido que producen con su aliento, se asemejan a los animales de carga cansados por el yugo (*Inst.*, XI 3, 55).

Como queda además en evidencia en los pasajes citados, los antiguos locales se alejan, una vez más, de las normas de los auténticos antiguos. Sus hábitos de abrir los ojos desmesuradamente (“como un peso fuerte”) y de arquear las cejas son condenadas por Cicerón y Quintiliano. Mientras que aquel recomienda moderación en los movimientos de los ojos, de tal modo que la expresión del semblante no se altere y se incurra en extravagancia (*De Or.*, III 59, 222), éste desaconseja expresamente por vicioso (*vitium*) el movimiento excesivo de las cejas (*Inst.*, XI 3, 79).

Con respecto a los gritos repentinos y a las patadas en el suelo empleadas por “nuestros antiguos” para sorprender al adversario, también son prácticas desaconsejadas. Cicerón afirma que gritar desde el principio es algo rústico, y que lo conveniente es levantar la voz poco a poco (*De Or.*, III 61, 227). En lo relativo a los golpes con el pie en el suelo, Quintiliano coincide con Cicerón –quien piensa que son apropiados al principio o fin de las disputas (*De Or.*, III 59, 220)–, aunque opina que hacerlo constantemente es señal de necesidad (*Inst.*, XI 3, 128). Quintiliano, por otra parte, censura particularmente los ademanes en que intervienen la nariz y los labios, por considerarlos en su mayoría indecentes (*Inst.*, XI 3, 80); su condena del alargamiento de los labios hacia afuera (*Inst.*, XI 3, 81) es directamente pasada por alto por “nuestros antiguos” cuando echan mano del “estirar el hocico” para decir una verdad grave, aunque también recurren a los “labios largamente prolongados” para acompañar sus pausas enfáticas (“Instituciones oratorias...”, p. 4).

Tampoco respetan el precepto de Quintiliano sobre los gestos con la nariz, quien condena como indecoroso el estornudar, sonarse y limpiarse frecuentemente (*Inst.*, XI 3, 80). Muy por el contrario, el orador “antiguo” de estas latitudes:

debe desplegar entonces, y cuantas veces guste, un pañuelo blanco por requisito esencial, y sonarse con toda la energia de sus pulmones hasta hacer constar á los

espectadores que ya no hay tropiezo dentro de las narices (...). El pañuelo es una cosa tan esencial al orador como el abanico á una señora. Y tan imposible es hacer una visita sin abanico, como pronunciar un discurso sin pañuelo de narices (p. 4).

Su empleo de los dedos también es destacado por *Figarillo*:

— Para establecer un principio se ha de dejar caer á plomo de punta, el dedo indicador; como cuando enterramos en una botella un corcho que no queria salir.

— Cuando para organizar ó conducir un sorites, se toquen algunas dificultades, no hay mas que acudir á los dedos; que el pulgar y el índice no mas son de sobra para dar en tierra con la cuestion mas peliaguda. La accion dialéctica de los dedos es tanta, entre nuestros antiguos, que estoy por decir, que para ellos, no hay mas instrumentos lógicos que cinco, y son los cinco dedos de la mano (p. 3).

En este pasaje constatamos un correlato directo con la codificación de los gestos de los dedos recogida por Quintiliano (*Inst.*, XI 3, 92-103). No obstante, el empleo abusivo de los dedos que hacen los antiguos de

Buenos Aires atenta contra la moderación gestual recomendada por el maestro latino (*Inst.*, XI 3, 82-89).

La Querella de Antiguos y Modernos

Una vez analizadas las costumbres oratorias expuestas con gracia e ironía por *Figarillo*, conviene preguntarnos por el verdadero blanco de sus (mal) disimulados dardos. ¿Apunta a los tratados de retórica, a las costumbres oratorias de griegos y romanos? Una de las claves de estos interrogantes –que retomaremos y responderemos más adelante– reside en la oposición planteada en el artículo entre dos grupos diametralmente opuestos y en pugna, oposición que remite directamente a la llamada *Querelle des Anciens et des Modernes*.

Este debate intelectual se desarrolló a lo largo de los siglos XVII y XVIII, principalmente en Francia –donde tuvo su punto álgido¹⁶– e Inglaterra, en las áreas de la ciencia, la literatura, la religión, la filosofía, las artes y las lenguas¹⁷. Reconoce, sin embargo, sus raíces y antecedentes, por una parte, en la Italia del Renacimiento con Petrarca, promotor del retorno a las fuentes antiguas;¹⁸ por la otra, en España, con Cristóbal Villalón, cuyo diálogo sobre la ignorancia y corrupción del gusto contemporáneas, *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente* (1539), es considerado el documento más antiguo de la querella.¹⁹

Las primeras manifestaciones del partido moderno también se habrían registrado en el siglo XVI, en las obras de Pierre Ramée, quien impulsa una reforma antiaristotélica de la retórica, y Jean Bodin, con su

16 M. Fumaroli, *Las abejas y las arañas. La Querella de los Antiguos y los Modernos*, Barcelona, Acantilado, 2008, p. 27.

17 G. Highet, *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 411 (t. 1).

18 M. Fumaroli, *Op. cit.*, p. 27.

19 G. Highet, *Op. cit.*, p. 412.

afirmación de la superioridad de los tiempos modernos.²⁰ Los *Ensayos* de Montaigne, por su parte, contribuyen con su defensa de los clásicos y de la Antigüedad grecolatina a fijar el estado de la cuestión.²¹

No obstante, los primeros enfrentamientos de la *Querelle* propiamente dicha se habrían iniciado a principios del siglo XVII con los ataques del italiano Alessandro Tassoni a Homero y sus seguidores en su *Paragone degl' ingegni antichi e moderni* (1620).²² En Francia tienen lugar las acciones principales, entre las que se destacan la lectura de Charles Perrault del poema “El ciclo de Luis el Grande” –donde critica el mal gusto de las epopeyas homéricas– ante la Academia francesa a comienzos de 1687²³ y la aparición de su serie de diálogos *Paralelo entre los antiguos y los modernos* (1688-1697);²⁴ la publicación de la *Historia poética de la guerra recientemente declarada entre los antiguos y los modernos* (1688), de François de Callières, y de las *Reflexiones críticas sobre Longino* (1694), de Nicolas Boileau-Despréaux, en defensa de los antiguos;²⁵ la polémica en torno a las traducciones de Homero entre Anne Dacier y Houdar La Motte (entre 1699 y 1715).²⁶

Con respecto a la fase inglesa de la querrela, podemos mencionar, entre otros textos, el *Ensayo sobre la erudición antigua y moderna* (1690) de Sir William Temple, y *La batalla de los libros* (escrita en 1697-98 y

20 M. Fumaroli, *Op. cit.*, p. 28.

21 M. Fumaroli, *Op. cit.*, p. 28.

22 G. Highet, *Op. cit.*, p. 436; C. L. Heesakkers, “El clasicismo francés y su proyección en Europa. La Querelle de los Antiguos y los Modernos”, J. Signes Codoñer, B. Antón Martínez, P. Conde Parrado, M. A. González Manjarrés, J. A. Izquierdo, *Antiquae lectiones. El legado clásico desde la Antigüedad hasta la Revolución Francesa*, Madrid, Cátedra, 2005, p. 401.

23 G. Highet, *Op. cit.*, p. 439. La lectura de este poema marcaría, según Heesakkers, el nacimiento de la *Querelle* (C. L. Heesakkers, *Op. cit.*, pp. 401-402).

24 G. Highet, *Op. cit.*, p. 440.

25 G. Highet, *Op. cit.*, p. 440.

26 G. Highet, *Op. cit.*, pp. 447-448; C. L. Heesakkers, *Op. cit.*, p. 403.

publicada en 1704), de Jonathan Swift,²⁷ ambas obras del partido de los antiguos; y las *Reflexiones sobre la erudición antigua y moderna* (1694) de William Wotton, y la *Disertación sobre Esopo y Fálaris* (1697) de Richard Bentley,²⁸ del lado de los modernos.

Si bien los puntos de discusión nunca estuvieron claramente definidos y la disputa se oscureció aún más con las enemistades personales,²⁹ puede afirmarse que el centro y objeto del debate lo constituyó la adscripción de la Europa contemporánea al genio de la Antigüedad (los antiguos) frente a su emancipación de dicho genio (los modernos).³⁰

Esta disputa se plasma en una serie de escritos e intervenciones – algunos de los cuales ya fueron mencionados *supra*– a través de los que ambos partidos exponen sus argumentos y fundamentan sus posiciones. Highet sintetiza la postura de los modernos en cuatro argumentos: 1) el hecho de que los modernos sean cristianos, frente al paganismo de los antiguos, ennoblece su inspiración y los temas de su poesía;³¹ 2) el progreso constante del conocimiento asegura que los modernos sean más sabios que los antiguos y que sus obras sean mejores;³² 3) debido a que la naturaleza es inmutable –según la expresión de Charles Perrault–, las obras de los hombres contemporáneos son tan buenas y válidas como las de los clásicos;³³ 4) el gusto de los antiguos es cuestionable, ya que sus obras, o bien están plagadas de necedades e inconsistencias (como, por ejemplo, incorporar en sus piezas dramáticas a los dioses en medio de conflictos humanos), o bien son vulgares (al incluir menciones

27 G. Highet, *Op. cit.*, pp. 441-442; 445-446.

28 G. Highet, *Op. cit.*, pp. 443-444.

29 G. Highet, *Op. cit.*, p. 411.

30 M. Fumaroli, *Op. cit.*, p. 27.

31 G. Highet, *Op. cit.*, pp. 413-415.

32 G. Highet, *Op. cit.*, pp. 415-422.

33 G. Highet, *Op. cit.*, p. 422.

de objetos “bajos”, del ámbito doméstico y del trabajo manual, y emplear palabras indecorosas).³⁴

Más allá de las distintas instancias y batallas y de los argumentos y posturas encontradas, el solo hecho –como afirma Salvatore Settis– de que se discutiera si eran superiores los antiguos o los modernos implicaba que la *auctoritas* de los primeros ya no era tan sólida ni estable.³⁵

Más allá de los límites temporales señalados, podría hablarse de un capítulo “romántico” y decimonónico de la *Querelle*; en este sentido podemos interpretar la afirmación de Fumaroli, quien considera a Chateaubriand –por su exaltación del yo y la búsqueda, en las propias profundidades, de la razón del ser y la identidad en su *Ensayo sobre las revoluciones* (1797)– como el primer discípulo romántico francés de la araña moderna,³⁶ en referencia a la fábula de Swift –incluida en *La Batalla de los libros*, ya mencionada–, donde el arácnido representa al partido de los modernos, quienes extraen de sus propias vísceras sus materiales e inspiración, en contraposición con la abeja, representante de los antiguos, que liban de las flores –fuente externa– para la creación de sus obras.³⁷

La Querella de Nuestros Modernos y Nuestros Antiguos

La polémica plasmada en el artículo de *La Moda* analizado se inscribiría en este capítulo “romántico” de la *Querelle*. Cabe la aclaración de que, en este caso particular, la escenificación de la querella en un territorio distante geográfica y culturalmente (pese a las evidentes influencias) de

34 G. Highet, *Op. cit.*, pp. 422-425.

35 S. Settis, *El futuro de lo «clásico»*, Madrid, Abada, 2006, p. 81.

36 M. Fumaroli, *Op. cit.*, p. 12.

37 M. Fumaroli, *Op. cit.*, p. 12.

los centros europeos agrega un matiz interesante al debate. En este sentido, debemos retomar y revisar la afirmación de Highet de que “ninguna otra nación europea [excepto Francia e Inglaterra] o americana desempeñó papel alguno, excepto el de espectadores”.³⁸ En primer lugar, debemos destacar que, durante el período en el que la *Querelle* se desarrolló en Europa (siglos XVII y XVIII), las “naciones” americanas todavía no estaban constituidas como tal; en el caso de la República Argentina, su proceso independentista se concreta en la primera década del siglo XIX. Por otra parte, hay que tener en cuenta que en los países de tradición colonial, que podrían considerarse periféricos en cuanto a los centros colonialistas de poder, los procesos y fenómenos culturales repercuten con un cierto desfase y adquieren características y rasgos específicos.³⁹

El artículo “Instituciones oratorias...” testimonia precisamente esta situación. En la disputa entre oradores antiguos y oradores modernos se adjudica a los primeros un rasgo ausente en la *Querelle* europea original: la tradición colonialista hispánica. La dicotomía, por lo tanto, tal como se plantea en este texto, no remite tanto a la contraposición entre lo grecorromano y lo contemporáneo, sino a aquella entre dos concepciones o proyectos del presente:⁴⁰ una tradicionalista, de raíz hispánica, y otra superadora de una tradición a la que considera retrógrada, anacrónica y vana. Esta actitud antihispanista se vincula estrechamente con un sentimiento nacionalista e independentista: lo español era visto por los escritores de la “generación del 37” como un

38 G. Highet, *Op. cit.*, p. 412.

39 En un sentido semejante, B. Sarlo y C. Altamirano afirman que la configuración del campo intelectual de las sociedades latinoamericanas está signada por la relevancia de las metrópolis culturales, “que operan no sólo como horizonte de paradigmas estéticos e intelectuales, sino como instancias definitivas de consagración” (C. Altamirano, B. Sarlo, *Literatura/sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983, p. 86). Esta relación entre metrópoli y naciones de pasado colonial es bastante compleja y dinámica, y está atravesada por procesos y operaciones de apropiación, resignificación, refundición y transformación de las problemáticas culturales “importadas” (C. Altamirano, B. Sarlo, *Op. cit.*, pp. 87-88).

40 En este sentido, S. Settis afirma que la oposición entre *antiqui* y *moderni* “se efectuaba de hecho entre modelos, posiciones y proyectos estrictamente *contemporáneos*” (S. Settis, *Op. cit.*, p. 78).

símbolo de regresión, como los restos del pasado que era necesario superar.⁴¹ El objeto de crítica, entonces, es la continuación y perpetuación acrítica e intransigente de la tradición clásica, íntimamente vinculada a un componente histórico-político: el pasado colonial.

La Elocuencia Moderna (y la Antigua)

Para delinear de manera más acabada la imagen de la retórica clásica construida por los colaboradores de *La Moda* y su alineamiento con la querrela de antiguos y modernos, vale la pena considerar las afirmaciones de Carlos Tejedor en otro artículo de *La Moda*, “Genio de la elocuencia moderna” (N° 23, 21 de abril de 1838, pp. 1-2).⁴²

El orador moderno (“de este siglo”) –según Tejedor– debe hablarle al pueblo (que es su “genio” y su Dios) y debe hacerlo en el lenguaje del pueblo, que se caracteriza por un estilo vivo, ligero y centelleante. Queda en evidencia en este pasaje la necesidad y finalidad de emplear un estilo ágil y moderno: llegar al pueblo, auditorio anhelado por los colaboradores de *La Moda*. En efecto, uno de los propósitos esbozados por el semanario desde su primer número es publicar “Nociones claras y breves, sin metafísica, *al alcance de todos* sobre literatura moderna, sobre música (...)”⁴³ (“Prospecto”, *La Moda* N° 1, 18 de noviembre de 1837, p. 1). Propósito que se condensa también en el anhelo de convertirse en “un papel popular, una enciclopedia que el pueblo pueda

41 F. Weinberg, *El Salón Literario de 1837. Con escritos de M. Sastre – J. B. Alberdi – J. M. Gutiérrez – E. Echeverría*, Hachette, Buenos Aires, 1977, p. 63.

42 Los artículos de *La Moda* se publican sin firma o bien están suscriptos por un pseudónimo. En el caso de “Genio de la elocuencia moderna”, carece de firma; su atribución a Carlos Tejedor procede –según José A. Oría– del anónimo “Bosquejo histórico acerca del Doctor Carlos Tejedor y la Conjunción de 1839” (*La Moda, Gacetín Semanal de Música, de Poesía, de Literatura, de Costumbres*, reimpresión facsimilar publicado por la Academia Nacional de la Historia, con prólogo y notas de José A. Oría, Buenos Aires, Kraft, 1938, pp. 215; 219).

43 La cursiva nos pertenece.

leer a costa de un pequeñísimo precio” (“Aviso”, *La Moda* N° 18, 17 de marzo de 1838, p. 2).

El orador moderno se identifica –en palabras de Tejedor– con la figura del poeta, en tanto *vate*, sacerdote, en contacto con fuerzas que lo trascienden:⁴⁴ “El universo ideal es un poema. En toda la vasta estension de sus espacios pueden retumbar los acentos divinos del orador y del poeta” (“Genio de la elocuencia moderna”, p. 2). Sobre esta misma identificación se pronuncia Alberdi en un artículo publicado en el exilio, “Del arte socialista (Fragmento)” (*El Iniciador* N° 5, 15 de junio de 1838, pp. 97-98):⁴⁵ “La poesia como la elocuencia es espresion de lo que hay de sublime y divino en el alma” (p. 97).

Esta asociación entre ambos géneros –que compartirían las cualidades de la pasión, la imaginación y el entusiasmo– es frecuente en los manuales españoles de preceptiva literaria de la primera mitad del siglo XIX, destinados a la enseñanza superior.⁴⁶ El principal rasgo diferenciador residiría en sus finalidades: mientras la poesía tiende al puro placer estético, la oratoria persigue un fin práctico y útil: la persuasión.⁴⁷

44 Uno de los rasgos de la autorrepresentación del artista romántico es su configuración como un ser aparte, iluminado, en íntima vinculación mística con las fuentes de la naturaleza (J. Myers, “Los universos culturales del romanticismo. Reflexiones en torno a un objeto oscuro”, G. Batticuore, K. Gallo, J. Myers, *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, Eudeba, 2005, pp. 30-32).

45 Este artículo está suscripto por “N”, a quien M. de Vedia y Mitre, siguiendo a A. Zinny, identifica como Alberdi (*El Iniciador*, reproducción facsimilar publicada por la Academia Nacional de la Historia, estudio preliminar de Mariano de Vedia y Mitre, Buenos Aires, Kraft, 1941, p. 76).

46 M. C. García Tejera, “Revisión de las nociones de «Poesía», «Oratoria», y «Literatura» en el siglo XIX”, J. A. Hernández Guerrero, M. C. García Tejera, I. Morales Sánchez, F. C. Ramírez, *Oratoria y Literatura. Actas del IV Seminario Emilio Castelar*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 2004, p. 60.

47 M. C. García Tejera, *Op. cit.*, pp. 60-63. García Tejera considera para su estudio, entre otros, los siguientes tratados: *Lecciones sobre la Retórica y las Bellas Letras* (1798; traducción al español de 1816-17), de H. Blair (autor inglés de gran influencia en España); *Principios de Retórica y Poética* (1805), F. Sánchez Barbero; *Arte de hablar en prosa y verso* (1826), de J. Gómez Hermosilla. Este último tuvo gran influencia en España (A. Alcalá Galiano, *Literatura española Siglo XIX*, Madrid, Alianza, 1969, p. 120), donde llegó a ser declarado manual oficial, en reemplazo del de Blair (I. Morales Sánchez, “Los manuales de retórica y poética: un espacio de discusión sobre los géneros literarios en la primera mitad del siglo XIX”, *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* 8 (2008), p. 172), y también del otro lado del océano: Vicente Fidel López, uno de los redactores de *La Moda* y miembro de la “generación del 37”, lo toma como base de su *Curso de Bellas Letras* (1845).

Otros elementos comunes a ambos quehaceres, señalados por los artículos analizados, son lo divino y, a un mismo nivel de relevancia, su carácter social y orientado al pueblo. En este último punto, Alberdi lleva aún más lejos el precepto plasmado por Tejedor: más que hablarle al pueblo, el orador moderno debe transformarlo en poeta y orador para volverlo sublime y divino (“Del arte socialista”, p. 97).

Por otra parte, la inspiración del “hombre elocuente” -moderno, se sobreentiende- le viene de la patria y la humanidad, “aras donde arde constantemente el fuego mágico que lo despedaza” (“Genio...”, p. 2). Justamente son estas entidades sagradas las que presiden los postulados estéticos plasmados en las mismas páginas de *La Moda*. En un artículo que puede ser leído como un manifiesto estético, publicado en su segundo número, se afirma que la patria debe ser la musa del artista moderno, y que -en cuanto la patria es hija de la humanidad- este artista debe ser un poeta humanitario (“Literatura. Teoremas fundamentales de arte moderno”, *La Moda* N° 2 , 25 de noviembre de 1837, p. 3).

Esta conjunción de patria y humanidad se evidencia también en el discurso que Alberdi pronuncia en ocasión de la inauguración del Salón Literario,⁴⁸ titulado “Doble armonía entre el objeto de esta institución, con una exigencia de nuestro desarrollo social; y de esta exigencia con otra general del espíritu humano”. La revolución independentista argentina, sostiene Alberdi, es hija del desarrollo del espíritu humano. Ese día, el 25 de mayo de 1810, “fuimos envueltos e impelidos por el desenvolvimiento progresivo de la vida de la humanidad, cuya

48 El Salón Literario, convocado por el librero Marcos Sastre en junio de 1837, constituye una de las primeras instancias de organización de la llamada “generación del 37”, integrada por aquellos intelectuales nacidos con la independencia argentina, en la década de 1810, que pretenden superar las dicotomías que dividen al país a partir de la revolución de Mayo. Entre sus participantes se cuentan algunos jóvenes intelectuales que emprenderán, junto con otros pensadores, la publicación de *La Moda*: Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Rafael J. Corvalán, Demetrio y Jacinto Rodríguez Peña, Carlos Tejedor, Carlos Eguía, José Barros Pazos, Nicanor Albarellos, Vicente Fidel López y Manuel Quiroga Rosas (F. Weinberg, *Op. cit.*, pp. 40-41).

conservación y desarrollo es el fin de nuestra revolución”.⁴⁹ En esta imbricación de la patria, la revolución y los procesos históricos nacionales (particulares) con la humanidad resuenan los ecos del historicismo romántico y su concepción providencialista.⁵⁰

En contraste con el retrato del “hombre elocuente” por antonomasia, del orador propio de “este siglo”, se diseña la imagen de su antítesis, en un juego de oposiciones que remite al binomio antiguos y modernos. El orador antiguo⁵¹ pide en vano elocuencia “al polvo de los libros”; es el “purista”, “frío erudito”, el “fastidioso gramático, que aun mas inanimado que su vocabulario, le consulta á cada instante para censurar la sagrada lengua del genio” (“Genio de la elocuencia...”, p. 2); se lo compara con los esclavos “que aman la quietud de los gobiernos despóticos”, mientras que el orador moderno es una suerte de Espartaco que rompe las cadenas aristocráticas; es el retórico, cuyo estilo – inaccesible y aburrido para el pueblo– está compuesto por “las frases insípidas, la dición cadavérica y aplomada” (p. 1).

Esta caracterización del estilo oratorio “antiguo” se condice bastante bien, por una parte, con la caricaturización planteada en “Instituciones oratorias...”, sobre todo en lo relativo a la afectación y solemnidad exacerbada; por la otra, con la definición del estilo académico que proporciona Alberdi en otro artículo del gacetín: “clásico, frío, prolijo, pedantesco”, propio de las academias, que no son otra cosa que instituciones “llenas de pretensiones, de hinchazon, de presuncion” (“Álbum alfabético”, *La Moda* N° 18, 17 de marzo de 1838, p. 7).

49 F. Weinberg, *Op. cit.*, p. 138.

50 J. Myers, *Op. cit.*, pp. 33-35.

51 Aunque Tejedor no emplea en este artículo el calificativo de “antiguo”, nos permitimos la licencia de restituir el epíteto elidido, dado que, según sus propios términos, se trataría de la figura contrapuesta al orador moderno.

La imitación servil e inerte de reglas, el culto a los libros y la obediencia ciega a la autoridad son las notas fundamentales de esta imagen, que se opone radicalmente a la del orador moderno, imbuido por la libertad, fecundo y creativo. Por otra parte, no se debe pasar por alto en esta contraposición la dicotomía de despotismo y aristocracia (orador antiguo) vs. pueblo y democracia (orador moderno). Esta dicotomía atraviesa el pensamiento de los intelectuales de la “generación del 37”, algunos de los cuales se afilian explícitamente al llamado “arte socialista”. Esta corriente, que reconoce influencias del socialismo utópico, es definida por sus propios cultores como un arte “con tendencias, con miras sociales y humanitarias”,⁵² dotado por lo tanto de un preeminente valor moral.⁵³

El ataque al orador antiguo y a sus costumbres, presente en los artículos analizados, podría explicarse entonces como un gesto estético, de posicionamiento frente a la actitud preceptiva y normativa, atribuida tradicionalmente al sistema y programa conocido como neoclasicismo;⁵⁴ gesto que coincide con el rechazo romántico de la retórica, desde la concepción del genio creador, entendida como un conjunto de restricciones, producto del dogmatismo académico.⁵⁵

52 “Del drama (fragmento)”, artículo publicado en *El Iniciador* N° 2 el 1° noviembre de 1838, pp. 36-37, firmado por A.M. y atribuido a Bartolomé Mitre (*El Iniciador*, *Op. cit.*, p. 75).

53 Cfr. los artículos “Predicar en desiertos” (*La Moda* N° 17, 10 de marzo de 1838, p. 3) y la nota sin título publicada en *La Moda* N° 9 el 13 de enero de 1838, p. 4. E. Carilla llama a esta corriente “romanticismo social”, y la caracteriza como un segundo momento del romanticismo, superador de la etapa evocativa y colorista (E. Carilla, *El romanticismo en la América hispánica*, Madrid, Gredos, 1967, p. 146). Por su parte, R. Picard, quien consagra un ensayo al “romanticismo social”, se refiere a él como una dimensión ineludible del movimiento romántico –caracterizada por la denuncia de las miserias que oprimen al pueblo, la defensa del ciudadano y la crítica de los abusos del poder, entre otros rasgos–, y no como una etapa o fase de dicho movimiento (R. Picard, *El romanticismo social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947, pp. 29-54).

54 Para un estudio del posicionamiento de los colaboradores de *La Moda* respecto a la tradición clásica y a la estética neoclásica, cfr. L. M. Martino, “Incómodas investiduras de lo clásico. *La Moda* (Argentina, siglo XIX)”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* vol. 29.2 (2009), pp. 179-93.

55 D. Pujante, *Op. cit.*, p. 67. Debemos aclarar que el rechazo de la retórica arranca mucho antes de que se instale el romanticismo como estética dominante. Ya desde el siglo XVII el discurso retórico es descalificado por parte de los defensores del discurso científico, es decir, los modernos (D. Pujante, *Op. cit.*, p. 65).

Esta voluntad de enfrentamiento con el neoclasicismo queda en evidencia en el artículo “Instituciones oratorias...” en la mención -de tono irónico, naturalmente- de Shakespeare, quien, a diferencia de los antiguos, recomienda usar los modos de acción y tonos oratorios con delicadeza y templanza. El dramaturgo inglés es caracterizado como un irrespetuoso de las unidades, un ignorante de “las reglas incommutables y eternas del maestro Aristóteles” para la composición de tragedias y comedias (“Instituciones oratorias...”, p. 3).

Conclusiones

En una primera aproximación, podríamos caracterizar a “Instituciones oratorias dirigidas a la juventud” como una parodia del género clásico del tratado y compendio de retórica, específicamente de *Institutio Oratoria* de Quintiliano. Más aún: dado el carácter de la producción retórica de la época de este autor -recluida en las escuelas y reducida al género de las declamaciones tras la pérdida de su importancia política, como consecuencia de la disolución del gobierno republicano e instauración del imperio romano-,⁵⁶ el texto de *Figarillo* podría leerse también como una parodia de la práctica oratoria en tales circunstancias: desprovista de toda sustancia, reducida a meros gestos y modulaciones de la voz. Por un movimiento traslaticio, tal situación se reproduciría en el presente de *Figarillo*, marcado por el régimen de un gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, que desde 1835 detenta el poder con facultades extraordinarias. Si bien *La Moda* no constituye un órgano opositor al gobierno, sus colaboradores no desperdician oportunidad de lanzar sutiles insinuaciones críticas, que se tornarán explícitos ataques tras el cierre del semanario y la partida al exilio de gran parte de estos intelectuales.

56 E. Paglialunga, *Manual de Teoría... Op. cit.*, pp. 179-180.

Por otra parte, profundizando un poco más, podríamos sostener que en “Instituciones...” se articula un gesto paródico no tanto de un texto clásico de retórica ni de toda la tradición contenida en él, sino más bien de la imitación distorsionada de dicha tradición. Esto explicaría que sean los modernos –descalificados irónicamente– quienes observen y respeten la autoridad y consejos de los maestros de la Antigüedad, haciéndose así acreedores al título de antiguos con más derecho que aquellos que se lo arrogan para sí. Descubrimos a *Figarillo*, una vez descorrido el velo de la ironía y el sarcasmo, enrolado en el bando de los modernos, ejercitando desde una posición compleja y matizada, una parodia de una parodia, la recreación de una recreación deformada de las costumbres oratorias antiguas.

Los gestos de (aparente) rechazo de la retórica clásica y del clasicismo en general por parte de Alberdi/*Figarillo* y su grupo y de exaltación de la elocuencia moderna, así como también las imágenes derivadas de ambos gestos, no constituyen sólo un índice de su posicionamiento en el sistema literario contemporáneo. Es sobre todo un gesto político-ideológico. Como ya dijimos antes, alberga una reacción contra la tradición colonial hispánica. España es la representante de lo antiguo, de lo anquilosado, que resiste “el contagio del virus moderno que nos acomete por todos los costados” (“Instituciones oratorias...”, p. 2), al margen (o a salvo, tal como irónicamente lo formula *Figarillo*) del “catarro que ha sobrecogido a las tradiciones inteligentes del resto de la Europa y del mundo” (“Instituciones oratorias...”, p. 2).

En el contexto de una generación que promueve la emancipación cultural y moral como complemento necesario de la emancipación política, la *Querelle des Anciens et des Moderns* adquiere nuevas significaciones en el Río de la Plata. Como “elemento residual”, en tanto perteneciente a una fase cultural anterior pero cuya efectividad perdura y se siente en el presente,⁵⁷ la *Querelle* se reactiva y enriquece con

57 R. Williams, *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las cuarenta, 2009, p. 167.

matices locales. Así, se incorpora a la polémica el rechazo de las costumbres y tradiciones hispánicas –entre las que se cuentan los hábitos oratorios burdos y grotescos– que aún perviven entre los antiguos, entre “nuestros antiguos”, que –aunque lo pretendan– no se parecen en nada a los griegos y romanos.

Bibliografía

Textos

Aristóteles, *El arte de la retórica*, Traducción, introducción y notas de E. Ignacio Granero, Eudeba, Buenos Aires, 2010.

M. T. Cicero, *De Oratore*, recognovit brevisque adnotatione critica instruxit A. S. Wilkins, Oxonii, Great Britain, 1955.

El Iniciador, reproducción facsimilar publicada por la Academia Nacional de la Historia, estudio preliminar de Mariano de Vedia y Mitre, Buenos Aires, Kraft, 1941.

La Moda, Gacetín Semanal de Música, de Poesía, de Literatura, de Costumbres, reimpresión facsimilar publicado por la Academia Nacional de la Historia, con prólogo y notas de José A. Oría, Buenos Aires, Kraft, 1938.

Quintilian, *The Instituto Oratoria*, with an English translation by H. E. Butler, M. A., London, William Heinemann, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1936.

Bibliografía Crítica

A. Alacalá Galiano, *Literatura española Siglo XIX*, Madrid, Alianza, 1969.

C. Altamirano, B. Sarlo, *Literatura/sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983.

E. Carilla, *El romanticismo en la América hispánica*, Madrid, Gredos, 1967.

M. Fumaroli, *Las abejas y las arañas. La Querella de los Antiguos y los Modernos*, Barcelona, Acantilado, 2008.

M. C. García Tejera, "Revisión de las nociones de «Poesía», «Oratoria», y «Literatura» en el siglo XIX", J. A. Hernández Guerrero, M. C. García Tejera, I. Morales Sánchez, F. C. Ramírez, *Oratoria y Literatura. Actas del IV Seminario Emilio Castelar*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 2004, pp. 55-66.

C. L. Heesakkers, "El clasicismo francés y su proyección en Europa. La Querelle de los Antiguos y los Modernos", J. Signes Codoñer, B. Antón Martínez, P. Conde Parrado, M. A. González Manjarrés, J. A. Izquierdo, *Antiquae lectiones. El legado clásico desde la Antigüedad hasta la Revolución Francesa*, Madrid, Cátedra, 2005, pp. 399-405.

G. Highet, *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954.

L. M. Martino, "Incómodas investiduras de lo clásico. *La Moda* (Argentina, siglo XIX)", *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* vol. 29.2 (2009), pp. 179-93.

I. Morales Sánchez, "Los manuales de retórica y poética: un espacio de discusión sobre los géneros literarios en la primera mitad del siglo XIX", *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* 8 (2008), pp. 167-175.

J. Myers, "Los universos culturales del romanticismo. Reflexiones en torno a un objeto oscuro", G. Batticuore, K. Gallo, J. Myers, *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, Eudeba, 2005, pp. 15-46.

E. Paglialunga, *Manual de Teoría Literaria Clásica*, Mérida, Universidad de los Andes, 2001.

E. Paglialunga, "Retórica, religión y colonización", *Praesentia* 11 (2010), disponible en: <http://revistas.saber.ula.ve/index.php/praesentia/article/view/1090/1050>.

R. Picard, *El romanticismo social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947.

D. Pujante, *Manual de retórica*, Madrid, Castalia Universidad, 2003.

S. Settis, *El futuro de lo «clásico»*, Madrid, Abada, 2006.

F. Weinberg, *El Salón Literario de 1837. Con escritos de M. Sastre - J. B. Alberdi - J. M. Gutiérrez - E. Echeverría*, Hachette, Buenos Aires, 1977.

R. Williams, *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las cuarenta, 2009.